

HISTORIA DE EL CAMPILLO

El lugar elegido para la construcción de El Campillo sería una zona próxima al arroyo Cascajoso, colindante con un pequeño ejido del que probablemente tomaría el nombre, que servía como abrevadero para el ganado y donde se erigía un pozo de agua dulce llamado “Pozo Rey”. En el plano topográfico elaborado por el coronel de ingenieros don José Ampudias Valdés en 1782, aparece la colonia de El Campillo con un total de 22 solares edificadas, conformando la actual Plaza Carlos III, así como parte de las calles Iglesia, Jovellanos y Teniente Rey.

A los “pobladores alemanes y flamencos”, tal como se les describe en el Fuero, se les otorgó una casa y una suerte de cincuenta fanegas de tierra de labor, que sería desgajada de los terrenos comunales del Consistorio de Écija. A cada familia se le daría, según se detalla en uno de los capítulos del Fuero, un pico, una azada, un hacha, un martillo, un arado, un cuchillo de monte y demás utensilios que se necesitan para desmontar y cultivar la tierra. Así mismo, se les hace entrega de dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas, un gallo y una puerca de parir. Para el mantenimiento del hogar se les surte de vajillas de barro y dos mantas, además de porciones de cáñamo, lana y esparto. En cuanto al ajuar, el desmantelamiento de las antiguas casas de los Jesuitas, expulsados del reino de España a principios de abril de 1767, hace aflorar multitud de utensilios y muebles como platos, cazuelas, ollas, camas, colchones y sillas, que serían aprovechados para surtir buen número de casas colonas. En cuanto a las iglesias de las feligresías, el rico patrimonio Jesuita sería también aprovechado para poner en marcha los templos construidos, con la incautación de vasos sagrados, ornamentos, retablos e incluso alguna talla.

Ni qué decir tiene que el comienzo fue muy duro. A las dificultades de adaptación a una tierra extraña con un clima tan diferente del que estaban acostumbrados, se le sumó la epidemia de tercianas provocada por el mosquito Anopheles, dando como resultado el fallecimiento de gran cantidad de colonos. Al problema anterior se le añadió las duras condiciones de trabajo, la escasez de viviendas y los constantes ataques promovidos por los grandes ganaderos de Écija con la quema de cosechas y moradas, que provocaron un malestar generalizado, temiendo incluso por el futuro de la colonia. Para tranquilizar a la población, en la primavera de 1770 se llevó a cabo una reestructuración del terreno y las suertes fueron ampliadas a 42 y 56 fanegas.

Con el tiempo las dificultades se fueron solventando y cuando se vislumbraba un futuro prometedor, la reina regente doña María Cristina ordenó derogar el Fuero de las Nuevas Poblaciones el 5 de marzo de 1835, eliminando los privilegios de los que gozaban las colonias. Así, el 25 de marzo se constituye el nuevo Ayuntamiento, siendo el primer acuerdo que toman el declarar lealtad y adhesión a la reina Isabel II y a la reina regente María Cristina. La nueva andadura como municipio independiente, agregado a la provincia de Sevilla, provocó numerosas dificultades en los cuatro núcleos que conformaban la colonia, siendo las principales la deficiente gestión de la Corporación, falta de trabajo para los jornaleros y malas cosechas. La situación llegó hasta tal punto, que en el año 1862 la Corporación solicita, en unión de los mayores contribuyentes, la agregación de la antigua colonia al Municipio de Écija, desapareciendo como Ayuntamiento. En la sesión extraordinaria celebrada el 7 de mayo de ese año en la sala

capitular de La Luisiana, presidida por el Delegado del Gobierno Civil don Agustín Díaz Armero y siendo Alcalde don Juan Rodríguez, se plantearon los motivos para pedir la agregación. Al pleno asistieron también los electores de los núcleos de La Luisiana, el Campillo y Cañada Rosal, puesto que por esas fechas Los Motillos ya había desaparecido por causas que aún se desconocen. En aquel entonces, el total de habitantes de los cuatro núcleos era de 334 vecinos, siendo la mayoría pobres.

Las paradojas del destino hicieron que las tierras segregadas en 1768 intentaran volver de nuevo, casi un siglo después, a la ciudad a la que pertenecieron, haciendo inútil tanto esfuerzo, trabajo y tesón. Sin embargo, y por motivos que se desconocen, esta petición fue rechazada por la Corporación Ecijana, obligando a la antigua colonia a continuar su camino como municipio independiente. El primer libro de actas posterior a esa sesión data del año 1875, el cual comienza con un pleno celebrado el 3 de enero donde se hacen los preparativos para conmemorar la proclamación por el ejército y la nación de Alfonso XII como rey de España. El 9 de julio se vuelve a reunir la Corporación para tratar el oficio enviado por el jefe de la Administración Económica de la provincia de Sevilla, en la que se les exige los derechos sobre los consumos del Ayuntamiento. Debido a los problemas que aún asolaban al municipio, el Regidor Síndico planteó la necesidad de informar a la corona de las dificultades por las que atravesaban y la conveniencia de cambiar el tratamiento que hasta ese momento habían recibido, siendo su estado precario y ruinoso en todos los aspectos. Argumenta que los hacendados forasteros de Écija y Fuentes de Andalucía “han podido ser adquirientes de los mejores terrenos aprovechándose de la pobreza en que ha quedado reducida la colonia que tantos días de ventura gozaron sus moradores y que en dicha época satisfacían los tributos impuestos por la corona”.

Durante el tendido de la línea de ferrocarril Marchena-Valchillón, que comenzó su construcción hacia 1878, una nueva hornada de colonos llegó a nuestros pueblos atraídos por la estabilidad laboral que proporcionaba el tendido de las vías, procedentes de Tolox, Casariche y Badolatosa principalmente. La mayor parte de estos colonos terminaron por asentarse en los pueblos colindantes a la vía, como Fuentes, La Luisiana, El Campillo y Écija. En un ambiente de exigencia por parte de la administración y de impotencia por parte de los vecinos, van pasando los años sabedores de que por muy dura que se les presente la vida, han de seguir caminando siempre adelante, intentando encontrar su sitio sin perder su identidad. Y aunque muchos sueños terminaron por desmoronarse, surgieron otros nuevos por los que luchar, imbuidos de ese espíritu colono que consiguió transformar los baldíos en tierras productivas, de ese tesón que supo arañar las entrañas de una tierra convirtiendo esperanzas en realidades, de una forma de ser que aunó las creencias nuevas con las viejas, las tradiciones con las costumbres y las leyendas con las historias.

La convulsa situación política del país, que hizo que las colonias fueran pasando por una monarquía, una república y una dictadura, no consiguió detener el avance de sus gentes ni sus ansias, ahora sí, de seguir siendo un pueblo independiente sin perder su identidad. Poco a poco el pueblo se fue modernizando con la llegada del tendido eléctrico y la iluminación de sus calles.

En los años sesenta del siglo XX hacen su aparición los primeros tractores y cosechadores que, a la par que daban un fuerte impulso a la producción agrícola, hacían menguar las peonadas en el campo. En esa década hace su aparición la centralita de teléfono, facilitando la comunicación de los vecinos, así como la construcción de cuatro escuelas con sus correspondientes casas para maestros y la carretera que unía El Campillo con La Luisiana y Cañada Rosal sería asfaltada. Los setenta trajeron las obras de alcantarillado y abastecimiento de agua, al tiempo que sus calles eran arregladas, perdiendo su característico empedrado en favor del hormigón y el asfalto.

Si en el siglo XIX hubo una segunda repoblación de El Campillo, los años sesenta y setenta del XX fueron toda una tragedia poblacional para nuestro pueblo. La dura posguerra que se vivía en sus calles, los escasos jornales que apenas daban para sobrevivir y la nula esperanza en un futuro, hizo que muchas familias campieñas iniciaran un éxodo masivo hacia las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, además de diferentes países europeos como Alemania, Francia o Suiza, en busca de ese futuro que su tierra les negaba. En una nueva paradoja del destino, aquellos emigrantes que portaban los apellidos Ancio, Hans o Parker, volvían a sus raíces. La emigración fue de tal calibre, que la población se redujo a la mitad.

Tras unos años tranquilos, ya en plena democracia, donde la mayor parte de la población seguía viviendo de las labores en el campo, a finales de la década de los ochenta se inicia una lenta incorporación de trabajadores a la construcción en busca de mejores sueldos y una estabilidad laboral. Igualmente, se comienzan a crear empresas y cooperativas de pacas de paja que conforman, junto a las empresas de construcción y pladur, el núcleo empresarial de la antigua colonia.

Hoy se puede decir que El Campillo es un pueblo moderno, dotado con multitud de servicios que facilitan la vida de sus pobladores. Quizá ha sido la singularidad de nuestra historia, la mezcla de sangres diferentes o la sensación de saber que tenemos un destino por cumplir lo que ha conseguido que sobrevivamos a guerras, sequías, hambre, emigración... Y todo eso sin perder nuestra identidad y forma de ser. Tras tantos años de lucha, sabemos que aún nos queda camino por recorrer, pero lo hacemos sabiendo que el espíritu de Pablo de Olavide sobrevuela nuestros pueblos transmitiendo la idea de que, con trabajo, esfuerzo y unión, todo es posible. Ancio, Hans, Parker, Bacter, Úber, Vidriel, Hebles... Quién más, quién menos, tiene alguno de esos apellidos o son herederos de quienes los llevaron, para decirnos de dónde venimos y, sobre todo, hacia donde vamos. Según el padrón de diciembre de 2022, el pueblo tiene 1168 habitantes, de los que 575 son hombres y 593 mujeres.

Autor: José Antonio Rivero